

# El submarino atómico

## El "Nautilus" recorre mil trescientas millas sumergido en ochenta y cuatro horas

### PODRA DAR la VUELTA al MUNDO SIN SALIR a la SUPERFICIE

NEW London, en Connecticut, es la escuela y el centro de entrenamiento de los submarinistas americanos. Y en New London tiene su base una de las maravillas de la técnica naval moderna de los Estados Unidos: el "Nautilus".

No han sido necesarios muchos años desde que Julio Verne soñara sus utopías para que éstas se convirtiesen en realidad. Una de ellas, las aventuras submarinas del capitán Nemo, la que parecía menos realizable, puede empezar en New London y terminar en cualquier parte del mundo.

#### EL PEZ Y LA BALLENA

Los submarinos, antes, por la manera de acabar con ellos, podían compararse con una ballena. Solamente podían ser cazados cuando navegaban en superficie o dejaban visible alguna parte de su anatomía naval, como el periscopio, por ejemplo. Luego vino el radar y ya el submarino fue como un pez. Podía acabar entre dos aguas o posado en el fondo del mar. Pero si estos adelantos técnicos para la destrucción de los sumergibles son de eficacia dudosa con los que hasta ahora han empleado las Escuadras mundiales, con el nuevo modelo atómico que han lanzado los Estados Unidos cabe preguntarse si el radar y las minas de profundidad tendrán alguna eficacia.

#### EL MONSTRUO, EN SU GUARIDA

El "Nautilus" está celosamente guardado en la base de New London, bien a cubierto de miradas indiscretas.

Ya se sabe que la curiosidad de un periodista es infinita, y su tenacidad, inagotable. Por eso nada de extraño tiene que un colega, francés por más señas, se presentase en New London dispuesto incluso a subir a bordo

del submarino. Pero la prohibición es terminante, y el hombre se tuvo que limitar a merodear por allí. En aquel merodeo averiguó cosas interesantes, que vamos a transmitir a ustedes.

Una de las cosas importantes que hizo fue hablar con el almirante Walkins, jefe de la Flota submarina americana. Y las manifestaciones de este jefe y las de otros oficiales son las que, en parte, reproducimos.

#### MOTORES Y HOMBRES

Los motores del "Nautilus" no necesitan descanso. En cambio, la resistencia de los hombres tiene un límite, y más en esta nave en la que el trabajo es más duro que en los otros submarinos. El tiempo máximo que el tripulante de un submarino ha estado sin ver la luz del sol ha sido el de un mes. Este récord fue batido por el barco que mandaba entonces Walkins, durante la pasada guerra. Y con tono humorístico, el almirante ha dicho que uno de los factores que contribuyeron a mantener esta resistencia humana fueron los huevos fritos con jamón; un buen tanto que se apuntó la Intendencia.

El mayor enemigo de los submarinistas es la mala ventilación de la nave. El "Nautilus" goza de una ventilación perfecta, y dado el misterio con que se lleva todo lo concerniente a esta audaz conquista de la navegación, se llegó a afirmar que el oxígeno necesario para que la gente respirase se extraía de la propia agua del mar. Esto no es todavía exacto, aunque se espera poder llegar a ello. De momento se utilizan sistemas más simples, como botellas de oxígeno y cal sódica, que absorbe el gas carbónico que pudiera ser perjudicial para los hombres de a bordo. Y, desde luego, cuando se navega por un sector libre de enemigos se puede recurrir al clásico procedimiento de hacerlo

en superficie, que es el mejor método de ventilación.

El "Nautilus", como todos los sumergibles, tiene una sumisión, que es la de oxígeno, y se espera que en plazo breve este problema quede totalmente resuelto, y el "Nautilus" podrá dar la vuelta al mundo sin emerger a la superficie.

#### EL PROBLEMA DE LA ORIENTACION

Para todos los marinos del mundo un problema se plantea como inexplicable en la navegación del "Nautilus". Si el submarino puede navegar jornadas enteras sumergido, ¿cómo fijan los tripulantes la situación del barco?

No se explican cómo puede determinar la ruta y fijar su situación, aunque sea aproximada, porque las corrientes submarinas son, aún, desconocidas, y las cartas del fondo del mar, desde el momento en que el submarino se aleja de la costa, no pueden dar indicaciones valiosas. El "Nautilus" resuelve este problema igual que los demás submarinos. La ruta se marca y la posición de fija sacando el periscopio. Claro que el riesgo del "Nautilus" es mucho menor porque en diez segundos—al decir de los técnicos—se puede cumplir esta misión. La presencia del periscopio en la superficie es lo mismo que la de una aguja en un montón de heno.

Por otra parte, los submarinos, aun los corrientes, son difícilmente localizados mientras navegan sumergidos. El riesgo que para ellos entraña la aviación es que les obliga a llevar demasiado tiempo la cabeza debajo del agua, pero para el submarino atómico esto no supone ninguna complicación.

#### EL ASPECTO DEL MONSTRUO

Los dos submarinos atómicos

que poseen los Estados Unidos, el "Sea Wolf" y el "Nautilus", tienen 3.200 y 2.900 toneladas, respectivamente. Un submarino clásico, el mayor, tiene un tonelaje de 1.700 toneladas. Aparentemente, el aspecto es casi el mismo.

Un detalle externo distingue a los submarinos atómicos: las torres de navegación son muy altas, especialmente la del "Sea Wolf". Estas torres tienen la altura de un tercer piso de una casa de vecindad. Otro detalle notable es que la roda del "Sea Wolf" es más alta que la roda chata del "Nautilus", lo que indica el detalle de poder navegar más cómodamente en superficie. El "Nautilus" cala más profundidad y es más pesado.

Interiormente, el submarino está dividido en seis compartimientos estancos. De proa a popa van la sala de torpedos, la batería y el espacio habitable; el compartimento de control y de ataque, el del reactor, los motores y la cámara de gobierno.

#### LA EDAD MEDIA DE LOS TRIPULANTES

El submarino atómico tiene interiormente mayor espacio que los submarinos clásicos, porque los tanques de mazut tienen un volumen muy pequeño. A bordo funciona todo por medio de la fuerza nuclear, y si lleva un motor Diesel es únicamente como medida de precaución y en ninguna de las navegaciones que ha hecho hasta ahora el submarino ha sido preciso utilizarlo.

Las primeras pruebas del submarino atómico se hicieron en condiciones muy duras, porque el tiempo no era bonancible. El "Nautilus" se lanzó a una mar gruesa con olas de varios metros de altura que sacudían violentamente al submarino. En esta experiencia fueron los tripulantes, pues el barco aguantó muy bien la mar.

Tres días después tuvo lugar

PUEBLO

# Fin de semana

SUPLEMENTO DE LOS SABADOS

MADRID, SABADO 9 DE JUNIO DE 1956

#### EL ULTIMO CRUCERO

la primera inmersión, y fue una prueba en extremo emocionante. Todo había sido revisado, las maniobras se habían escrito detalladamente, el Estado Mayor dio su visto bueno y a bordo embarcaron personalidades de la Marina, como los almirantes Walkins y Rickover, este último considerado como el padre del "Nautilus". El "Nautilus" se hundió lentamente en las aguas del Atlántico, en las costas de Long Island, y en siete minutos navegaba, ante la ansiedad de todos los tripulantes, entre dos aguas. Mas tarde hizo sus experimentos de navegación a la máxima profundidad y estuvo sumergido doce horas, y según refiere uno de los oficiales, el pensar en las grandes presiones que gravitaban sobre el barco, ponían los nervios en tensión. Por estas condiciones especiales en que navegaba el "Nautilus" su tripulación tiene que ser joven y fuerte, y la edad media que se fija para ella es la de veintisiete años.

En el verano pasado, y con el mayor sigilo, el "Nautilus" ha hecho su primer cruceo de altura. Ha recorrido las mil trescientas millas que separan a New London de Puerto Rico en ochenta y cuatro horas, totalmente sumergido. Este viaje se ha hecho público recientemente, después de haberse estudiado concienzudamente todas las experiencias hechas durante el mismo. El almirante Rickover ha dicho que todos los records han sido batidos. Esta hazaña multiplica por diez las más grandes distancias que habían sido recorridas hasta ahora por un submarino en inmersión. La velocidad media de cruceo que desarrolló no puede ser mantenida por un submarino clásico sumergido nada más que durante una hora. Esta ha sido, por tanto, la más rápida travesía que ha hecho un submarino.

El "Nautilus", al decir de los técnicos, ha sido construido más para fines técnicos que militares, y las experiencias realizadas han superado todas las esperanzas puestas en él.

Para la paz o para la guerra, el "Nautilus" es una espléndida realidad acostada, por ahora, a los muelles de la base naval de New London.

## SABATINA EN LA ALDEA



La pequeña se ha decidido a posar para el fotógrafo así seriedad, con la mantilla pueblerina muy bien colocada, dispuesta sin duda a asistir a la sabatina de su aldea y rezar el rosario con mucha sonaja de cuentas y mucho apresuramiento de averías.



El "Nautilus", como una milagrosa traducción de los sueños de Julio Verne, atracado a los muelles de la General Dynamic Corporation de Boston.

# "FELIPE"

(Cuento no apto para miembros de la Sociedad Protectora de Animales.)

La historia del toro "Felipe" es una historia triste, una historia que quizá haga llorar hasta a los guardias. Uno, que se gana la vida contando historias, no tiene más remedio que contarla, aunque lo sienta mucho.

"Felipe" nació en un humilde establo del agro y del pecuario santanderino. Ni su padre, un hermoso semental holandés, ni su madre, una sosegada vaca suiza, le hubieran traído al mundo de imaginar lo que les iba a complicar la vida. Porque "Felipe" empezó a darles disgustos desde el mismo instante en que consiguió colocarse sobre sus cuatro patitas; el ternero recién nacido, apenas pudo sostenerse, dió muestras de su rara condición: en lugar de buscar la inagotable y dulce ubre de su progenitora, que es lo que hacen todos los becerretes respetuosos con la tradición y con las buenas costumbres, "Felipe" se encampanó discoloro y ridículo para, petulante, lanzar al tranquilo valle un mugidito lleno de fanfarronería.

Luego, a medida que pasaban los días y los meses, "Felipe" fué mostrando más desparpajo en el ejercicio de su perversidad... Los días eran para él ocasiones de cornear a las mariposas, a los niños de los vaqueros y a sus propios semejantes, y los meses eran sólo y nada más que oportunidades de abandonar la casa materna para salir al mundo en busca de aventuras. Si... Mientras el vacuno pastaba tranquila y melancólicamente, moviendo despaciosos su esquila y dejándose ordeñar sin oponer resistencia, "Felipe", absurdo y quimérico, se perfeccionaba en el arte de la maldad, del desprecio al orden y del abuso de las propias fuerzas. El holandés pacífico y la suiza impertérrita derramaron más de una lágrima por su culpa, y muchas noches, antes de conciliar el reparador sueño, ambos daban en imaginar hasta dónde podían llegar las tropelías de aquel hijo desnaturalizado. Fué inútil que, tras cada tropelía, hablaran sensata y prudentemente a su retoño; cuando lo hacían, encareciéndole las ventajas de la sumisión, del respeto y del amor al prójimo, "Felipe", rebelde y un tanto disolvente, les mugía sin rebozo: "Bah... Pamplinas."

Y a renglón seguido y como quien no quería la cosa, le daba una cornada al primer prójimo que se le ponía por delante.

Como es lógico, la situación se hizo insostenible: un día el valle vió partir a aquel novillo descastado que buscaba campo más ancho para su sed de bohemia, de disipación y de escándalo; desde lo alto de una colina, el semental holandés y la vaca suiza vieron alejarse a aquel iluso que, yendo en pos de la aventura, marchaba hacia la desventura: exactamente hacia la horrible vida del toro de lidia.

Porque este era el motor que impulsaba los pasos del renegado eral: quería ser toro bravo, deseaba jugarse la vida, ansiaba asombrar con sus hazañas a las hermosas mujeres morenas que siempre llevan en el pelo un clavel reventón. Y buscando los clavetes y todo lo demás fué alejándose de su valle "Felipe", adentrándose en la orgía y en el desenfreno... Pronto tomó contacto con la realidad, con la sucia y triste realidad; sin protectores ni amigos, en lugar de engordar en una dehesa tuvo que luchar en las capeas pueblerinas, y en ellas saber de la furia carpetovetónica traducida en pedradas y varapalos; sin dinero para viajar en el tren, supo de los sobresaltos que en las carreteras proporciona la Guardia Civil a los indocumentados; sin medios que le permitieran entrar alosamente en las cuerdas de las posadas, tuvo conocimiento del hambre, de la sed y de todo eso que las acompaña...

¿Volvió a su valle, arrepentido y prudente? No... El iluso echó mano de otra ilusión: la de arrojarle de "espontáneo" en la Plaza de Toros de Madrid. Hacia ella encaminó sus pasos, y un día llegó ante el bello edificio. Con el corazón enloquecido, haciendo uso de increíbles tretas y artimañas, "Felipe" consiguió entrar en el coso. Oyó el bonito pasodoble y vió el clavel reventón, y en un momento propicio, cuando las cuadrillas atravesaban el ruedo, se lanzó a la arena en busca de la engañosa gloria, de las engañosas ovaciones y del engañoso perdón presidencial, otorgado después de haber matado a tres o cuatro banderilleros...

No tuvo tiempo de ganarse las ovaciones ni ninguna otra cosa; un picador que tenía a mano la garrocha le partió los riñones en un decir Jesús. Así terminaron los sueños de aquel insensato que olvidó, como tantos otros, algo que no tiene vuelta de hoja: que la vida es así. Sobre todo para los soñadores.

Rafael AZCONA

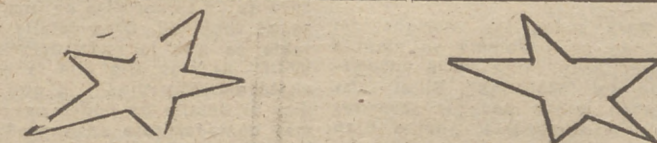
# Entretención \* Humor



--¡Qué charlatana insoportable! ¡Creí que no podría abrir la boca en toda la noche!



Sin palabras.



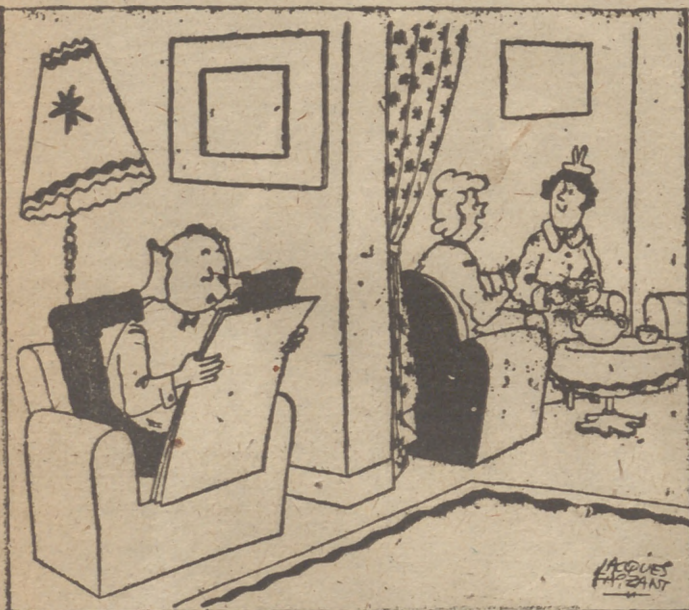
--¡Ajá! ¡Este me sienta muy bien!



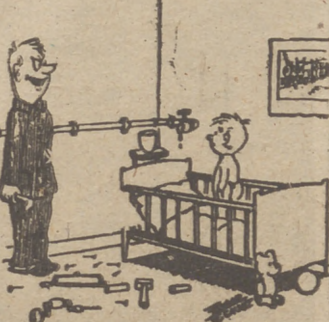
--La quiero, Pepita. Tengo un gran sueldo y además sé cocinar, lavar y planchar...



--Acabaremos por encontrar sitio. La Casa de Campo es muy grande.



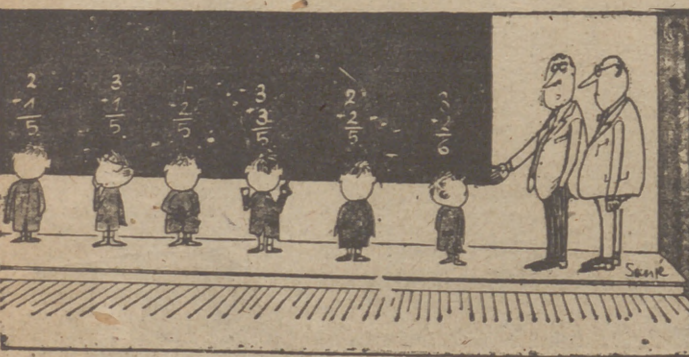
--Desde que hace yoga, se ha vuelto mucho más indulgente con nuestras charlas frívolas.



--¡Así no tendrás que llamarme cuando quieras agua!



Desprendimiento



--Me parece que éste va a ser el que más trabajo me va a dar.



Ida y vuelta.

# “¡AUDIENCIA PÚBLICA, LOS TESTIGOS NO PUEDEN PASAR...!”

CERCA de CATORCE MIL VECES ha pronunciado esta frase el viejo ujier de la Audiencia Territorial de Madrid, Manuel Martín de Bernardo



## FELICITACIONES POR ESCRITO

—¿Otros servicios?  
—En cierta ocasión extraje a un niño ahogado en un pozo y lo trasladé al depósito. Otra vez me puse como una sopa al trabajar en mi pueblo en la extinción del fuego que se había declarado en el Casmo. En ambas ocasiones el juez me felicitó por escrito.

—¿El momento más desagradable de su profesión?

—Hace algunos años, cuando condenaron a pena de muerte a los que asesinaron a una viejecita en la calle de Miguel Servet. Estuve en la cárcel, con todo el Tribunal, a cumplimentar la sentencia.

## UN CASO DE EMOCIONANTE INTERES

—¿Y la ocasión más agradable?

Aquí nos cuenta el viejo Martín una brevisima y bella historia. Hela aquí:

—Se seguía proceso contra una mujer joven a quien se acusaba de haber asfixiado a su propia hija, de pocos días. Pero en el rostro de la mujer acusada de homicidio había algo muy distinto a la culpabilidad. La ciencia médica, personificada en el doctor Piga, demostró que, en efecto, aquella madre, que en toda la vista del proceso no dejó de llorar silenciosamente, era inocente. Y se demostró que el verdadero homicida fue un personaje irreal: el frío. La pobre mujer pasó toda una noche durmiendo en el hueco de un portal, y por resguardar a la criatura de las cuchilladas del invierno ocasionó su asfixia.

—Cuando conduce a los testi-

gos hasta el Tribunal, ¿qué le dice?

—Siempre lo mismo: “Colóquese mirando de frente a la presidencia y conteste a cuantas preguntas se le requieran”.

—Y cuando baja a buscar a los detenidos, ¿qué le preguntan éstos?

—Si el tribunal es benevolente o muy riguroso.

—¿Qué les contesta usted?

—Que es una sala de consideración dentro de los hechos.

—El público que guarda cola para asistir a los procesos sensacionales, ¿le respeta?

—Si aunque a veces, si no consigo poner orden, puedo recurrir a la autoridad máxima, poniendo al alborotador a disposición del juez de guardia.

## PADRE DE SIETE HIJOS

—¿Ha tenido alguna ocupación además de ésta?

—Jamás. De ella he vivido modestamente siempre. Y con ella, a medida de mis fuerzas, he mantenido a mi numerosa familia.

—¿Numerosa familia...?

—Siete hijos. De los varones, cuatro son empleados, uno sacerdote y otro de la Policía Armada.

—Fuera de la Audiencia, ¿en qué invierte su tiempo?

—En dar largos paseos, dormir algo y oír la radio y leer la Prensa.

—De la Prensa, ¿lee la sección de tribunales?

—Leo casi todas.

La entrevista se termina aquí. Martín coge un montón de legajos bajo el brazo y se aleja por uno de los anchos pasillos de la Audiencia, salpicados de cuadriláteros de luz. A un lado y a otro, al cruzarse con los señores magistrados, va repartiendo dignas reverencias y saludos, a los que le corresponden con un ca-

riñoso “¡Adiós, Martín!” No envano el viejo y simpático ujier ha cumplido con exceso las bodas de plata con la voz de “¡Audiencia pública!”

Juan FRANCISCO PUCH

—¿Por qué ha robado usted el automóvil?  
—El coche estaba parado a la puerta del cementerio. Supuse que el propietario se había muerto.

\*\*\*

Un individuo se abalanza a otro en la calle y le da una bofetada. La víctima, sorprendida, exclama:  
—¿Está usted loco?  
—Sí. ¿Le molesta?

\*\*\*

—Mañana estamos invitados a comer con los López —dice la mujer al marido.  
—¿Qué fastidio!  
—Yo tampoco tengo ganas de ir.  
—Pues no vamos.  
—No. Se pondrían muy contentos si no fuésemos.

\*\*\*

Sherlock Holmes llega a la habitación y dice:  
—Aquí hay ratones.  
—¿Cómo lo sabe usted?  
—Por esta silla. En la tapicería quedan huellas de unos zapatos femeninos.

\*\*\*

El comandante Jones ha servido treinta años en la India. Un amigo va a visitarlo y le encuentra en actitud casi orante ante un tigre embalsamado.  
—¿Qué pasa? ¿Te has afiliado a una secta india?  
—No. Estoy meditando ante la tumba de mi esposa.

\*\*\*

Dos heridos en un hospital. En camas contiguas. Uno de ellos le dice al otro:  
—¿Qué le ha sucedido?  
—Ya ve. Mi mujer se empuñó en que había de regalarle un automóvil. Y yo dije que no...  
—Yo dije que sí...

\*\*\*

El gato de la vieja doña Angustias está enfermito. El veterinario ha ido a un pueblo vecino. Apurada, doña Angustias llama a su propio médico.  
—¿Qué le pasa a su gato? —pregunta el médico.  
—No lo sé. No come, no bebe, no caza ratones.  
El médico se inclina hacia el gato:  
—A ver. Di “miau...”

## UN TIGRE, DOS TIGRES, TRES TIGRES...



Hasta ahora la publicidad de los dentífricos se hacía a base de bellísima señorita carcajeante y apuesto caballero sonriente; pero una casa italiana acaba de lanzar al campo de la propaganda a este par de tigres—mamá y bambino—, que aseguran muy serio que deben a la marca en cuestión su extraordinaria facilidad para romper en dos hasta las barras de hielo. La publicidad ha hecho suyo en esta ocasión el lema: “Renovarse o morir”.

“¡Audiencia pública! ¡Los testigos no pueden pasar!” Esta misma frase, dicha con acento de grave solemnidad, habrá sido pronunciada por Manuel Martín de Bernardo unas 14.000 veces. La popularidad de “Martín, el de la Audiencia”, corre parejas con su simpatía, que no es poca. A fuerza de bondad y cordialidad, el viejo ujier de la Audiencia Territorial de Madrid ha conquistado el afecto de jueces, magistrados, abogados, redactores de Tribunales y también de ese público habitual—“clientes auditivos”—de la Audiencia que espere a la puerta de la sala la voz de “¡Audiencia pública!” para penetrar en ella.

## A PUNTO DE JUBILARSE

El viejo Martín, que tan solícito es siempre con los cronistas de Tribunales (“¡Dejen los pupitres libres, por favor, que los periodistas tienen que trabajar!”), justo es que alguna vez recibiera la atención de la Prensa. Y no por simple correspondencia, sino por que, además, Martín, por sus muchos años dedicado a auxiliar a la Justicia, es, además de una institución, un archivo viviente de anécdotas. A Martín, además—y ello nos lo decía con claro acento de pena—, le quedan sólo dos años para jubilarse. Ahora tiene sesenta y ocho años. Y pese a que su piel está arrugada, como muchos de los papeles que maneja, y su pelo, cortado austeramente a cepillo, es completamente blanco, nadie diría que está al filo de los setenta años. Pero vayamos ahora mismo, después de este justo prelo, a abrir la charla con él.

## DESAHUCIO A UN FAMILIAR

—¿Cuándo comenzó a tener relación con la Justicia?

—Ingresé como alguacil el 28 de febrero de 1927 después pasé, en 1936, al Juzgado de Instrucción de Daimiel, mi pueblo, y por último, al puesto que ahora desempeño.

—¿Qué piensa hacer cuando sea jubilado?

—Irme a mi pueblo con una hija casada y quizá dedicarme a gestión de certificados de penas u otra cosa.

—¿Su misión actual en qué consiste?

—He de estar a disposición del presidente y del secretario de la sala para cuanto deseen mandar. Preparo las togas y les ayudo a ponérselas, me hago cargo de los guiones, llamo a los testigos, bajo al depósito para comunicar que suban los detenidos, etc.

—En tantos años de oficio habrá hecho buenos amigos...

—Tengo muchos y buenos amigos entre jueces municipales y de instrucción, presidentes de sala, magistrados, abogados y periodistas. Mire, aquí mismo, en la cartera, llevo la foto del antiguo presidente de la sala, ya fallecido, don Santiago Blasco Rozas, que con todo afecto me ha dedicado su familia.

—¿A qué abogados conoce con más intimidad?

—A muchos, especialmente, entre otros, a don Manuel Chacón, don Narciso Fernández Boixader, señor Escalona, señor Barrera...

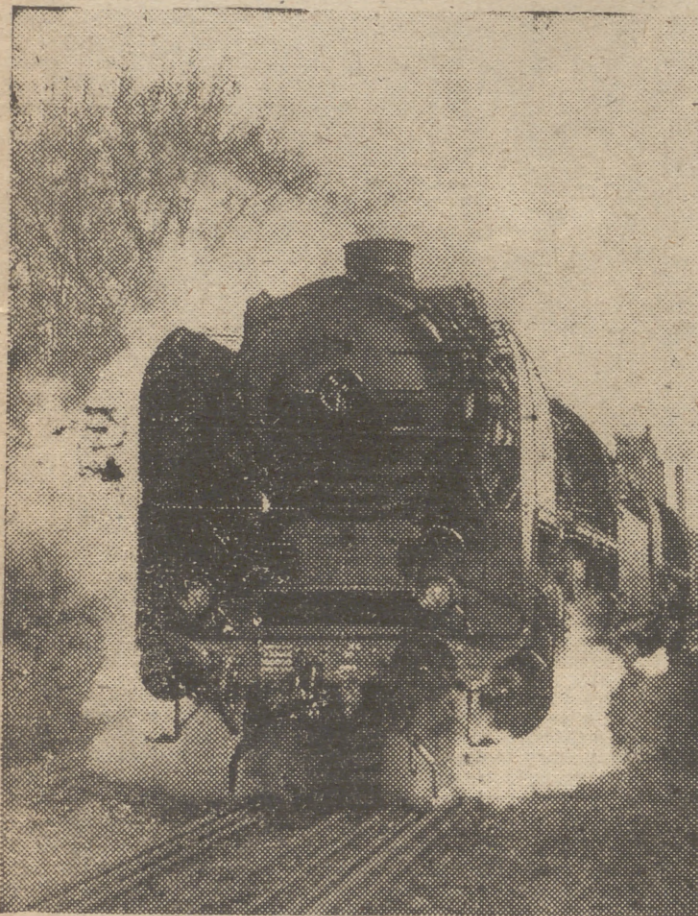
—¿Cuál fue su primera actuación?

—Mi primer servicio como alguacil consistió en desahuciar en Daimiel a una persona de mi propia familia. Pasé muy mal rato, pero no olvidé en ningún momento que estaba cumpliendo un deber.

# LOS DIEZ MANDAMIENTOS del BUEN VIAJERO

UN VIAJE SIN TORTILLA ES UN VIAJE PERDIDO

UN VAGON DE TREN NO ES UN GABINETE DE BELLEZA



Resoplando, cubierta de humo y vapor, la locomotora avanza lentamente con sus cientos y cientos de viajeros.

**Y**A llegó el buen tiempo. Los madrileños, cansados de toda una semana de asfalto, humo de autobuses y bocanadas de coche, respiran a pleno pulmón los domingos en la Sierra. Los andenes de la estación se abarrotan, los trenes jadean bajo el exceso de peso humano, y lo del aire a pleno pulmón cuesta más sudores y sinsabores que toda una semana de trabajo extraordinario. Ahora que viene el buen tiempo—repetimos—, ahora que el pacífico ciudadano, el callado trabajador, empieza a gozar de sus vacaciones, conviene refrescar la memoria y recordar los diez mandamientos del buen viajero:

**PRIMER MANDAMIENTO: Hay que llegar a tiempo.**

—Pepito, Luisito, vamos... que se nos va el tren. Jadeante, una familia numerosa



aparece por la puerta de la estación tres segundos antes de la salida del tren. —¡Pepito! ¿Dónde te has metido? ¡Luisito, ven! Los gritos siguen. Los viajeros, desde el tren, animan a los corredores como si se tratase de una carrera pedestre. Se intercambian apuestas. —Me parece que la señora llega, pero el tal Luisito se queda en tierra. —¡De ninguna de las maneras! ¿Quién se queda en tierra es el papá, que trae el equipaje! —¡Luisito, Pepito, no os separéis de mí!... Vamos, vamos de prisa. —¡Animo, señora— exclama uno del tren—, que ya sólo faltan diez metros!

Como un bólido, la señora penetra en el vagón. La masa humana sufre un movimiento de ola. —Perdón, perdón—se apresura a decir la recién venida. Asomada a la puerta, llama a su marido: —Pepe, que no llegas. Pepe. Date prisa. Pepe, cargado por el equipaje, opta por callar. ¡Es mejor! Al fin, justo en el momento en que el tren inicia la marcha, Pepe pone el pie en el estribo, al igual que un conquistador. Aún se escuchan algunos perdones. —Perdón, perdón.

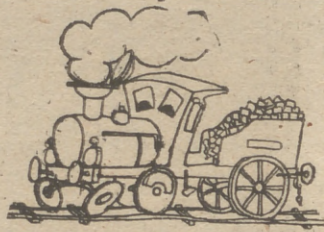
**SEGUNDO MANDAMIENTO: Poco equipaje.**

Una vez la familia dentro del tren, se inicia la acomodación del equipaje. —¿A ustedes no les molestaría que pusiera esta maletita sobre la suya?—pregunta tímidamente la mamá. —Pues no—contesta el aludido con poca gana. —Pepe—sigue diciendo la señora—, ¿por qué no colocas la red en ese clavo de la pared? Pepe coloca la red, y el viajero de al lado siente sobre su cabeza, a cada vaivén del vagón, el roce de la cesta. —La maleta grande—insiste la señora—puedes colocarla junto a la pared. El viajero de junto a la pared es discretamente, ¡eso sí!, apartado de su lugar. Después de la maleta grande viene la chica, la cesta de la fruta, la merienda y la jaula del canario. Lentamente, con perseverancia, el equipaje queda en orden, aunque los compañeros de viaje no lo estén.

**TERCER MANDAMIENTO: Cuidado con las tortillas.**

Apenas se inicia el viaje, los alegres viajeros sienten sus estómagos vacíos. Hasta entonces no les había preocupado el problema alimenticio. ¡Ah!, pero justo en este momento recama lo que se llama un piscochabís. Revuelven en un paquete gra-

siento y sacan la clásica tortilla. Un viaje sin tortilla es un viaje perdido.



—Niño, come. —Vamos, come un poco más. Manchan el suelo de grasa, lo ensucian todo de papeles, de mondas de fruta. Salpican al ciudadano y dejan un asqueroso olor a comida y suciedad. Parece ser que el viaje, en lugar de dar cultura, abre el apetito. Se come de todo en abundancia y a cualquier hora.

**CUARTO MANDAMIENTO: La dulce siesta.**

Después de haber comido, un dulce sopor invade a los viajeros. Arrullados por el traqueteo, cierran los ojos, sonríen beatíficamente y se dejan caer sobre el hombro del vecino. Se remueven, inquietos, ante el brusco movimiento de la improvisada almohada, y gruñen airados. —¡Vaya unas maneras! Total, porque me he dormido sin querer y le he rozado el hombro. Insisten una y otra vez. Un cabezazo, otro, y el viaje termina con la victoria absoluta de los bellos durmientes.

**QUINTO MANDAMIENTO: Las luces, ventanas y puertas.**

Se supone un departamento de tren en apariencia tranquilo. Una grata penumbra lo invade. De repente, la luz, la luz que hierre los ojos de los viajeros. Revuelvo, miradas airadas, y de nuevo la calma, que dura muy poco. Minutos más tarde, el viajero impertinente vuelve a encender la luz. La apaga, la enciende, la vuelve a apagar y a encender. Al fin, cansado del juego, inicia otro con las ventanillas y la puerta. —Hace calor—se justifica ante la mirada de odio de los compañeros. Después: —Conviene ventilar de cuando en cuando. Más tarde:



Y los alegres y sufridos viajeros se disponen a marchar a la Sierra a respirar a todo pulmón.

—Hemos llegado a Cabezón. Voy a ver si veo a mi familia. La puerta abierta, la ventanilla también, el departamento queda frío y desagradable. Envueltos en sus mantas, los otros viajeros murmuran.

**SEXTO MANDAMIENTO: El tra-jin.**

Los hay que no descansan. Cuando parece que han terminado de acomodarse, inician de nuevo el movimiento. —Mamá, ¿tienes un peine? —Sí, hija; en la bolsa azul. La niña se levanta, molesta al vecino, baja la bolsa, saca el peine, se peina, cierra la bolsa, molesta al vecino y coloca la bolsa en su sitio. —¿Dónde habéis puesto los billetes?—Inquire ahora el padre.

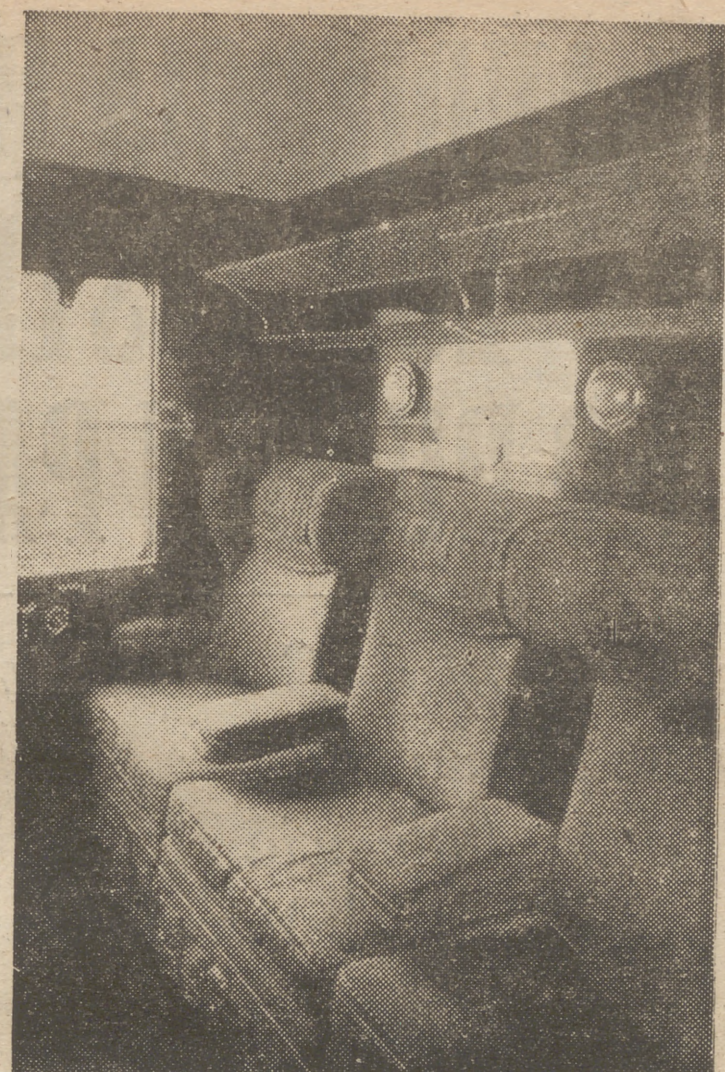
Una pregunta inquietante. Todos se miran los bolsillos.

Raro es un viaje sin pisotones.



Los viajeros aguardan en el andén el momento del asalto. Aun antes de que el tren se detenga, los niños y los papás trepan por las escalerillas.

Se levantan, miran debajo de los asientos. —Por favor, ¿le molesta levantarse?—preguntan al viajero de al lado. El viajero se levanta, busca, no encuentran, bajan las maletas de la red.



Este "primera" de la Renfe se aparece en sueños a cuantos aspiran a convertir sus ahorritos en brisa marinera y rubia arena de playa norteña.

Los billetes acaban por aparecer en el bolsillo del pantalón del padre.

**SEPTIMO MANDAMIENTO: Pisotones y vaivenes.**

Raro es un viaje sin pisotones.

—Sí, rico; asómate. Luego por lo bajo, añade: —... Asómate y cáete. Después de la ventanilla se le antoja la butaca de enfrente, la cortinilla, la mesita...

**NOVENO MANDAMIENTO: La "deshabillé".**

Un tren, querida señora, no tiene parecido alguno con un salón de "toilette". Un departamento de tren es el lugar elegido para pasar varias horas dentro de él con objeto de dirigirse a un lugar determinado. Algunas veces nos vemos obligados a pernoctar allí, pero esto no quiere decir que haya que cogerse los moñitos, ni las horquillas, ni ponerse una bata larga, una redcilla en la cabeza, embadurnarse la cara de crema y calzarse unas zapatillas de paño.

**DECIMO MANDAMIENTO: Comprobado estaciones y horarios.**

—¡Ay! Un grito espeluznante recorre el pacífico tren. —¡Ay!—se vuelve a oír. —Me parece que nos hemos pasado de estación. El departamento se alborota. —¡Que no, que no!—dice alguien. —¿En qué estación estamos? Todos intervienen en la polémica. —Apresúrense, señores. Me parece que es la próxima. Se prepara el equipaje, y toda la familia se dispone a bajar. —¡Que no, que no es aquí!—alguien da el grito de alarma. El equipaje vuelve a su sitio. Nuevos pisotones en el pasillo. —¡Que sí, que sí que es!—se



oye. Ahí está tía Marta en el andén esperándonos. Todos los viajeros participan en el bonito juego del sí y el no. A trompicones abandonan el tren mientras que por las ventanillas cae lanzado el resto del equipaje. —¡Cuidado con la maleta azul! ¡Va llena de huevos!



**OCTAVO MANDAMIENTO: Los niños.**

—Luisito, siéntate aquí, que cabe—dice una mamá. Empujón discreto al señor que ocupa gozoso su butaca, y Luisito, feliz, se sienta. —¡Pobrecito, no le molestará! Los niños no ocupan sitio. Pero sucede que al poco rató la mamá dice a Luisito: —Anda, rico, sal un poco a pasear al pasillo. Déjame tu sitio. Estoy muy cansada. Nadie protesta, por lo menos aparentemente. Después, el niño pide la ventanilla: —Mamá, quiero asomarme. —Pero, rico, no te deja ese señor. —Anda, dile que me deje. El señor, molesto, exclama:

**CRISTAL SOUND SYSTEM**  
  
**TUNGSRAM RADIO**  
 MADRID: Avenida José Antonio, 27 - BARCELONA: Caspe, 12  
 Dirección telegráfica: TUNGSRAM

# Los caballeros, dememorados

En el curso del primer trimestre de 1956 se han registrado 549 casos de amnesia en los Estados Unidos, frente a 511 registrados durante el mismo período en 1955.

## UN SETENTA POR CIENTO DE HOMBRES

Trescientos cincuenta y dos, más del 70 por 100, son hombres, casi todos agotados por un exceso de trabajo, y alcohólicos—a menudo ambos casos a la vez—, cuya conciencia se desvanece súbitamente en un momento dado de su existencia, ya a raíz de un choque—discusión, viva contrariedad, embriaguez—, ya sin ninguna razón aparente.

Solvo los "accidentados"—colisiones de automóvil, miedo, heridas de guerra—, los amnésicos tienen más de cuarenta y cinco o, incluso, cincuenta años. La edad

crítica está comprendida entre los cincuenta y dos y los cincuenta y ocho años.

En el caso de las mujeres son los falsos embarazos y, sobre todo, la edad crítica los que provocan más casos de amnesia. Las amnésicas femeninas de más de cincuenta y cinco o sesenta años son muy raras.

## "¿SU NOMBRE?"

El número de 549 no comprende además más que los casos en los que la Policía ha tenido que intervenir para descubrir la identidad de los interesados. Otros millares de hombres y de mujeres pierden cada año la memoria, e incluso la conciencia de su "yo", pero vuelven a encontrarla abriendo su cartera o su permiso de conducir. ¡Cuántas veces los policías solicitan de un peatón o de

un automovilista de aire distraído su nombre!

El hombre—o la mujer—, extrañado, hace un gesto de no comprender la pregunta, al mismo tiempo que saca de su bolsillo un documento de identidad... que le recuerde su propio nombre.

## ¿QUIEN DEBE PAGAR LOS GASTOS DE BUSQUEDA?

El caso se complica y se convierte en materia periodística cuando el interrogado no lleva ningún documento consigo. Si va en coche, un telefonazo permite identificarlo; si no es necesaria una auténtica investigación policial, con la ingeniosidad o incluso con la veteranía de varios agentes dedicados a ello exclusivamente. Estas investigaciones duran de cuarenta y ocho horas a... tres meses y, a veces, más. Y hoy es un hecho el caso de tres amnésicos que en los Estados Unidos buscan en vano su identidad desde hace varios años.

A propósito de los amnésicos, éstos plantean un curioso problema jurídico. Encontrada una vez su personalidad, ¿quién paga los gastos de hospitalización?

—El Estado—responden los interesados y sus familias—, pues la misma Policía tiene la misión de buscar y encontrar un objeto perdido o robado.

## LA FIRMA DE UN AMNÉSICO NO TIENE VALOR

—En ese caso—respondió el "sheriff" de una pequeña ciudad del Mississippi, que ha debido de

gastar más de mil dólares (unas 40.000 pesetas) en telegramas, teléfonos, transportes, gastos de desplazamiento de "testigos" antes de identificar a un amnésico—la próxima vez yo limitaré los gastos enviando simples cartas, en lugar de telefonar o de telegrafiar, y esperaré a que la familia actúe por su cuenta y me haga llegar la foto del desaparecido en lugar de fotografiarme yo mismo y enviar su foto a los cuarenta y nueve Estados. Tanto peor si la investigación dura un año en lugar de quince días.

El problema es delicado, pues a menos que el amnésico lleve dinero sobre sí, caso muy raro—ya que las autoridades no tienen derecho de hacerle firmar un "reconocimiento de deudas" por los gastos ocasionados, por la sencilla razón de que el individuo, no acordándose de su nombre, no puede firmarlo. Todo compromiso contraído por él carece de valor.

## "PERO... ¡SI ES LA ACTRIZ DE LA PELICULA X!"

Como ya hemos dicho, la Prensa no habla más que de ciertos casos de amnésicos y se calla cuando se trata de personalidades conocidas. Así, nunca se cuenta que tal senador, incluso gobernador, se encuentran igualmente entre aquellos a quienes la Policía ha devuelto su identidad perdida.

Más dolorosa fué todavía la odisea de esa mujer de unos cuarenta años, todavía bella, encontrada una noche sobre una playa, sentada sobre la arena, a punto de llorar. No tenía ningún papel consigo y sólo diez dólares en un bolso. Por el contrario, llevaba dos sortijas y una pulsera de gran



**LA MODA EN MADRID** En organza blanca bordada en oro ha sido confeccionado este traje de edición, creación del modisto español Pedro Rodríguez.

valor y sus vestidos habían salido visiblemente de los mejores modistos.

Después de un interrogatorio infructuoso de la Policía se la sometió a observación en una clínica, donde una enfermera exclamó al descubrirlo: "¡Pero si es...!"—pronunciando el nombre de una conocida estrella de Hollywood.

## AMNESIA PARCIALMENTE VOLUNTARIA

Curioso fenómeno: incluso al oír su nombre la amnésica no reaccionó. El médico de la clínica no telefonó, sin embargo, inmediatamente a Hollywood a la firma de la presunta actriz. Luego llegó su "manager", la reconoció sin vacilar, pero le costó gran trabajo el que ella le reconociese a su vez.

Según los psiquiatras se trata además esta vez de un caso de amnesia en parte voluntaria—especie muy pirandelliana—. La actriz en cuestión acababa de sufrir varias depresiones nerviosas debidas tanto a sus contratiempos profesionales como a motivos sentimentales. Además comenzaba el declive de su esplendor físico y probablemente había sufrido una ligera crisis de amnesia para "desembarazarse de su yo", según los términos psiquiátricos.

El aumento del número de los "accidentes de amnesia" plantea un grave problema médico y social en los Estados Unidos. La Policía y algunos periódicos no cesan de aconsejar a todo aquel "en peligro de perder la memoria" que no salga jamás a la calle sin sus documentos de identidad y llevar incluso cosidos en sus vestidos su nombre y dirección.



**LA MODA EN BERLIN** Lunares, cuadraditos y graciosos motivos con toquilla son las novedades que presenta la moda alemana para el estío.



**LA MODA EN PARIS** Jacques Heim ha creado este delicioso conjunto veraniego de dos piezas en tonos que contrastan vivamente.

# De mujer a mujer

por NURIA MARIA



## CONTESTACION A FLOR SILVESTRE

Quisiera, amiga mía, que me contara usted de manera más detallada lo que hoy sólo me esboza, pues entonces podré estudiar su caso y procurar aconsejarla, o por lo menos, brindarle con la mayor voluntad un poco de consuelo. Recordar a todas las consultantes y cada uno de sus problemas me es imposible, recibiendo tantas consultas al día; pero lo que sí le garantizo es que si su anterior carta llegó a mi poder, le di respuesta, ya que siempre lo hago, aunque la consultante no me envíe el sello de Correos correspondiente para contestarle por carta y particular y sea su deseo que así le conteste. Lo que pudo ocurrir es que hubiera algún extravío, por escribir usted mi apartado o no entender yo bien sus señas. Sea lo que fuere lo que sucediera, discúlpeme, y escribame de nuevo, por favor.

## CONTESTACION A LOLITA

Es usted excesivamente severa con su hermana, querida, pues yo interpreto su proceder de manera muy distinta. No es poca caridad no dar aquello de que se anda escaso, cuando se prevé que puede hacer falta. Su hermana, con mucho juicio por cierto, piensa que tiene unos hijitos por los que ha de velar, y acaba de convencerla de que sería generosidad que lindaría con el despilfarro el proporcionar dinero a ese pariente, el que haya podido comprobar que cuando tiene una moneda en sus manos en lo primero en que piensa es en comprarse un pastel, bombones o tomarse un aperitivo. No es justo que ella prive a sus hijos de algo necesario para que esa persona se dé un capricho.

En el caso de usted, cambia un poquitín la cosa. Su posición, acomodada y exenta de grandes problemas, le permite

incluso ser caritativa por lujo. ¿Entiende lo que quiero decir con esto? Pues proporcionar generosamente lo que le piden, aunque la persona que recurra a su bondadoso corazón no sepa hacer uso de su socorro. Es maravilloso poder cumplir aquello de "Haz bien y no mires a quien"; mas usted ha de comprender que cuando se vive al día, y de un sueldo justísimo, no se puede ser tan espléndido y sólo se puede hacer caridad cuando el ser a quien se socorre merece el sacrificio de renunciar a algo muy necesario.

No vuelva a tratar tal tema con su hermana, haciéndose cargo que ella sufre, y comprenda también que la caridad no estriba sólo en dar bienes materiales, sino que muchas veces se supera en valor brindando simplemente una sonrisa de aliento o susurrando de corazón una frase de consuelo.

## CONTESTACION A PILAR MARTIN BREÑA

Es preferible evitar que los chaquetones, abrigos, etc., de pieles se mojen; pero cuando

esto sucede irremisiblemente, lo que se debe hacer es, al llegar a casa, extenderlos sobre una mesa o tabla y espolvorearlos con ácido bórico, desajándolos así diez o doce horas. Al día siguiente se frota con un cepillo suave en la dirección del pelo y recobran su buen aspecto.

Habitualmente, las pieles no requieren otra limpieza que cepillarlas en el sentido del pelo, con un cepillo suave, y pelarlas un poco, si su pelo es largo. Cuando se retiran del uso, al llegar el buen tiempo, después de sacudirlas al aire libre para quitarlas completamente el polvo, hay que desengrasarlas, y para ello lo mejor es levantarles el pelo y pasarlas una franela espolvoreada con narina previamente calentada al fuego, cuidadosamente por todas las regiones del chaquetón o abrigo. A continuación se les pasa otra franela limpia. Se cepillan y se guardan con la previsión propia para preservarse de la polilla.

Cuando el terciopelo está algo sucio se puede lavar total o parcialmente con agua que con-

tenga un buen chorro de amoníaco, aclarándolo después con agua fría. La solución ha de estar templada, y exactamente el agua para enjuagarlo. Se plancha sosteniéndolo entre dos personas, sin apoyarlo sobre tabla ninguna, e interponiendo el paño mojado entre la tela y la plancha, no levantando ésta hasta que el paño haya perdido toda la humedad. Naturalmente, ha de plancharse por el revés.

Me he tenido sumo placer en resolver sus dudas.

## CONTESTACION A FE

Puede hacer exactamente su hermana, con esas patillitas, lo que usted hizo con aquel vello que afeaba sus brazos. El resultado será igual de satisfactorio.

Muy agradecida por sus cariñosas palabras. Es usted muy gentil.

\*\*\*

(Dirigid vuestras consultas a Nuria María. Apartado de Correos 12.141. Madrid.)



Las rubias de cabello sedoso no muy corto pueden adoptar este encantador modelo.



Cabellos cortos, lisos, revueltos, forman este peinado graciosamente juvenil.



Para cabellos negros muy finos y bastante lisos, este modelo de peinado resulta perfecto.



# TRAS LA PUERTA CERRADA

OR ELLERY QUEEN

Ellery se unió a él inmediatamente. Vió una hilera de piedras ovaladas, dispuestas a modo de borde en torno de un macizo. Vió también un hueco revelador, una depresión ovalada impresa sobre la tierra blanca, entre dos guijarros.

—El proyectil de la otra tarde procedía de aquí. Así parece.

Ellery recogió dos piedras.

—Toma una pequeña provisión, Terry.

Dejando a su acompañante inclinado sobre el suelo, Ellery volvió al banco. Miró los cristales rotos detrás de los barrotes, apuntó, lanzó uno de los guijarros, el cual golpeó la pared a unos dos pies hacia la izquierda de la ventana, y luego rebotó en el jardín.

—Marrado—rezongó Ellery.

Terry, espectador interesado, emitió su opinión:

—Más a la derecha. Es más difícil que con una bala. Vamos.

Ellery arrojó una segunda piedra. Esta vez rebotó contra la pared, dando a un pie por debajo del blanco. Un semblante inquieto apareció entre dos de los barrotes que protegían la ventana del tocador.

—¡Eh!—chilló el detective Ritter—. ¿Qué mosca les ha picado?—luego, al reconocer a Ellery, añadió—: ¡Oh! Disculpe, señor Queen. ¿Qué ocurre?

—Practicamos un experimento muy infructuoso, con una finalidad puramente científica—respondió Ellery—. No se preocupe por el ruido, Ritter; pero apártese. Siempre, en lo posible, cabe un milagro.

El detective retiró rápidamente la cabeza. Kinum y Geneva O'Mara, nuevamente en sus puestos de observación, seguían la escena con medroso interés.

—Ahora te toca a ti—dijo Ellery a Terry—. Has sido campeón de "base-ball", y todavía puedes alcanzar una rama a cuarenta pies de distancia. Procura romper la ventana vecina de esa.

—¿Cómo he de arreglármelas para hacer pasar una piedra entre dos barrotes?—preguntó Terry, contemplando la triple ventana ojival.

—Todo el asunto reside en eso. Eres un perito en la materia. Halla la respuesta.

Terry arrojó su sombrero sobre el banco, se quitó la chaqueta y cogió una piedra. Apuntó hacia la ventana de la derecha, rectificó la posición, hizo

girar el brazo y lanzó el proyectil, que golpeó contra dos barrotes y volvió a caer en el jardín.

—Otra vez—ordenó Ellery.

Terry obedeció. Pero sólo tuvo ocasión de protestar una sola vez de hierro. El cristal permaneció intacto.

—No está mal—declaró Ellery—. Insiste, amigo mío.

Una tercera experiencia, una cuarta, una quinta...

—¡Diab!—exclamó Terry—. Es impracticable, ni más ni menos.

—Sin embargo, alguien lo hizo—murmuró Ellery, pensativo.

—Nadie me hará creer que no fué cosa de la casualidad. No puede haber más que media pulgada de espacio a cada lado de la piedra entre los barrotes, ¿sabes?

—Sí, desde luego. Esta demostración habrá servido, al menos, para probar una cosa.

—Sí—asintió Terry, con una sonrisa trágica—. Prueba de que el guijarro del otro día no tiene relación alguna con el crimen—se encasquetó el sombrero y añadió—: Desde el lunes por la tarde estaba convencido de esto.

## XIV

Venelia esperaba a sus amos. La mesa estaba puesta y preparado el baño. El doctor puso término rápidamente a las demostraciones de la fiel negra, corriendo a sumergirse en el agua caliente. Eva se detuvo un instante en la antecámara, atestada de ramos y de canastos de flores. Además de los numerosos mensajes telefónicos anotados por Venelia, que llenaban varias páginas de un cuaderno especial, veíanse cartas y telegramas.

—¡Señor!—suspiró Eva—. Pensar que será preciso contestar a todas esas personas. Jamás hubiese creído que Karen tuviera tantos amigos.

—No es por ella—respondió Venelia, recalcando imperceptiblemente el pronombre—. Es por el doctor John. Lea las cartas y las firmas: ¡doctores y más doctores!

—¿Telefonó el doctor Scott?

—No, mi ama, todavía no. Vaya a desvestirse pronto. Su baño se va a enfriar. ¿Me oye?

—Sí, Venelia—contestó Eva sumisamente.

Entró en su cuarto. Y Venelia, antes de volverse rezongando a la cocina, mostró el puño al teléfono.

—Telefonó el doctor Scott?

—No, mi ama, todavía no. Vaya a desvestirse pronto. Su baño se va a enfriar. ¿Me oye?

—Sí, Venelia—contestó Eva sumisamente.

Entró en su cuarto. Y Venelia, antes de volverse rezongando a la cocina, mostró el puño al teléfono.

—Telefonó el doctor Scott?

—No, mi ama, todavía no. Vaya a desvestirse pronto. Su baño se va a enfriar. ¿Me oye?

—Sí, Venelia—contestó Eva sumisamente.

Entró en su cuarto. Y Venelia, antes de volverse rezongando a la cocina, mostró el puño al teléfono.

—Telefonó el doctor Scott?

—No, mi ama, todavía no. Vaya a desvestirse pronto. Su baño se va a enfriar. ¿Me oye?

—Sí, Venelia—contestó Eva sumisamente.

Entró en su cuarto. Y Venelia, antes de volverse rezongando a la cocina, mostró el puño al teléfono.

—Telefonó el doctor Scott?

—No, mi ama, todavía no. Vaya a desvestirse pronto. Su baño se va a enfriar. ¿Me oye?

—Sí, Venelia—contestó Eva sumisamente.

Entró en su cuarto. Y Venelia, antes de volverse rezongando a la cocina, mostró el puño al teléfono.



zos sin cuidarse del "cold cream". ¡Si las gentes supieran! Si los expedidores de las flores y los telegramas se enterasen de que ella era la única persona en el mundo que tuvo ocasión de asesinar a Karen Leith... ella, Eva Mac Clure, la prometida de Dick. Si Dick...

—¡Eva!—llamó el doctor Scott, al otro lado de la puerta del cuarto de baño.

—¡Había venido!

Quitarse el "cold cream", refrescarse el semblante con agua fría, enjugárselo. Pronto, una capa de polvos, tres toques de carmín en los labios... Eva se envolvió en su bata turca, abrió la puerta y cayó en brazos del doctor Scott.

—¡Eva!—protestó Venelia desde el umbral de la puerta principal de la habitación—. Usted... ¡no está presentable!

—¡Váyase!—ordenó el doctor Scott.

—Ni lo piense, señor. Voy a avisar al doctor John. Yo...

—Váyase, Venelia—repitió Eva.

—Pero sus cabellos... ¡Y está descalza!

—¡No importa!

Eva besó por tercera vez al doctor Scott, y él sintió temblar su cuerpo juvenil bajo la bata de lana.

—¡Se va a enfermar descalza!

El doctor Scott se arrancó de los brazos de Eva y fué a cerrar la puerta en las narices de la negra escandalizada. Después regresó junto a Eva, la tomó en sus brazos y la llevó hasta el diván.

—¡Oh, Dick!—suspiró.

—No habies, querida.

La estrechaba contra sí, y a pesar de su propia angustia, Eva comprendía confusamente que, al tenerla así entre sus brazos, procuraba él sustituirse a sus pensamientos antes que preocuparse en reanudarlos. Si, era esto. Sólo una secreta preocupación explicaba aquel silencio, aquella necesidad de sentirla contra sí.

Se desasí, apartando un mechón de cabellos que le había caído sobre los ojos.

—¿Qué hay, Dick?

—¡Absolutamente nada!

Quiso atráerla de nuevo.

—No hablemos, Eva. Quedémonos así.

—Pero estás preocupado, el siento.

El doctor Scott trató de sonreír.

—¿Qué es lo que te ha puesto tan intuitivo de pronto? El día no ha ido bien. Olvidémoslo.

—¡Oh, querido! ¿Te has disgustado en el hospital?

—Un fallecimiento. Una cesárea... La mujer murió por culpa, suya.

—¡Pobre!—suspiró Eva, volviendo a ocupar su sitio entre sus brazos.

Pero él sentía ahora la necesidad de hablar, de justificarse.

—Me mintió. Yo le había prescrito una dieta severa. ¡y descubrí que se había hartado de helados, cremas, guisos y que sé yo qué más! Yo tampoco podía estar todo el tiempo a su lado como un perro guardián. ¿no es cierto? Si una mujer es incapaz de decir la verdad a su médico, ¿qué pro-

(Continuará.)

(Publicada con autorización de la Colección "El Buzo".)

GUILLERMO DELGADO. — Si en serio y de verdad hiciéramos un examen a los pintores sobre pintura, sin temor a dudas encontraríamos en los que siguen el camino más difícil, después de haber demostrado que conocen el más fácil—esta advertencia es indispensable para los incautos que creen que lo que ellos no comprenden guarda en gafe o fraude—, a los buenos entendedores del problema plástico, que llega a un punto por exceso de ambición, por lógica de procedimiento y por necesidad vital y espiritual del hombre, al que debe llegar. Estos son, también sin duda, los que mejor admiran y comprenden a Velázquez o a Goya, a Brughel o a Vermeer. Esta advertencia tiene el mismo propósito que la primera. Claro es que aquellos que militan en el campo de las mayores dificultades, allí donde la pintura se queda sola, sin nada que la ayude, son los menos; aunque muchos se afilien, por innata predisposición no satisfecha en el resultado, por capricho—los menos—o por aparente dificultad a un mundo no figurativo.

Guillermo Delgado se encuentra en la línea de los tres o cuatro nombres o cinco que ganan posiciones para España con el envío de sus obras por el ancho mundo, y que ganan también la dura batalla de la profecía en su propia tierra. Guillermo Delgado lleva la pintura en el cerebro, y sigue la buena doctrina del Vinci cuando decía que era cosa mental. La obra expuesta en la recoleta sala de Fernando Fe, que se abre generosamente, y por fortuna no quincenalmente, a los trabajos de los que luchan y sufren ante el gran milagro del pincel, señala a un pintor que ha trabajado, que ha luchado ante la pintura y que ha vencido en ese diario descubrir una materia, una calidad, una adivinanza para el mañana, tan cercano. Delgado presta sus gerencias en unos cuadros casi en trance místico, en donde la pintura se convierte en espíritu y en penitencia, y en un ansia de captar grandes espacios

## Noticia y crítica

# de ARTE



"Lectura en silencio", óleo de Garcés expuesto en el Instituto Francés en el certamen "Cercle Maillol"

dentro de las dimensiones normales. La serie expuesta es un conjunto que ha costado más de año y medio de trabajo; cada cuadro es un bello tormento del pintor. No existen repetidos paisajes para decorar sobre un sofá salado con nostalgias de verano; ni retratos rutilantes de damas llenas de perlas, adelgazadas y embellecidas; existe la presencia atroz de un pintor que se ha entregado vocacionalmente a la pintura sin pensar qué será de sus cuadros o qué resultado económico tendrán. Esto recuerda aquella frase fenomenal de Sciana—hoy en gloria y ayer en miseria—cuando decía: "Hay pintores que además del placer de pintar sólo piensan en vender los cuadros. Los cuadros no se deben vender nunca." Y lo decía quien pasó hambre, de verdad, durante años; pero pintaba y pintaba lo que quería y como quería, y eso también vale mucho dinero, tanto como otras cosas, o más, mucho más. Guillermo Delgado es de esta generación seria, grave, religiosa y pura y sabía que son buen ejemplo de conductas, y que estudian, y saben, y leen y sueñan. De esta generación que ha dado a Felto, a Canogar, a Tapiés, que día a día podían contar contra tiempos y malas pasadas, y que luego recibe en París, en Roma, en Nueva York y en Madrid o en

el concierto de certámenes internacionales el refrendo de los mejores. La historia del arte no admite engaños, y cuando el artista se da cuenta de que tiene como primera obligación ser testigo de su tiempo, de su filosofía, de su historia, de su metafísica, de sus inventos... Y lo mismo que Gutiérrez de la Vega lo fué, y lo fué el Greco, el artista de hoy tiene que serlo del suyo; pero ese darse cuenta, esa obligación casi sagrada, necesita temple heroico para producirse. Los que ante el suceso estupefacto de nuestra hora dicen con risa maliciosa que "s o n modas"; ¡qué equivocados están! No perciben el aire y las formas que se crean a su alrededor y el ansia espiritual que domina precisamente a estos pintores—nos referimos a los más sinceros—que están cumplidamente en su sitio porque saben que a penas queda otro, y si queda, ellos están llamados a eso que se llama en la buena estrategia española adelantados. Guillermo Delgado pertenece a esa formación. Su pintura está estudiada con una exigencia de principios que han puesto su figura en el concierto de hoy, con la mejor melodía y la mejor música. Y si comprendemos bien sus lienzos más puros, donde la materia se desangra, más, sin desangrarse, la mirada se queda en los juegos de color a los que Guillermo Del-

gado presta una intención y una intensidad de gamas que revelan su honda y pensada sensibilidad que no se atropella, sino que queda en justa medida y precisión.

CINCO PINTORES MANCHEGOS.—De los cinco pintores manchegos, sólo vemos uno con posibilidades de llegar a una pintura que tiene un adjetivo azoriano y ecos de verso de Machado. Nos parece recordar que su nombre es José Herreros. La obra de los demás queda en elementos decorativos en Iznaola, con buenos fundamentos, y perdida en los proyectos de los demás, cuyos nombres todavía no han entrado en eso tan serio que es llamarse pintor, pero que sí pueden entrar en eso tan amplio que es llamarse artista, porque aprendiz, al estilo con que D'Ors llamaba a Cézanne, es casi más difícil todavía que llamarse pintor. Y ése es el resultado de este certamen que en la Sala Tolson permite como cualquier otro aprender, pues tanto se aprende en lo negativo como en lo positivo.

PASCUAL NAVARRO. — En la Sala Clan, este expositor venetolano quiere decirnos algo que no acierta a expresar en el ámbito de lo abstracto. La obra queda pequeña, minimizada, a lo que contribuye el medio empleado, la fragilidad de los materiales y también la fragilidad del expositor, que se halla en momento de empezar, sin que, a nuestro juicio, haya logrado todavía la realización que pueda indicarnos en esta Exposición una obra consagrada. Si solamente la iniciación, la señal y la pauta pudieran servir para calificar con afirmaciones categóricas a un pintor, si lo daríamos a Pascual Navarro; pero para ello es necesario que conociéramos un a producción de caracteres más definitivos que esta muestra fácil, que tiene aire de haberse hecho muy de prisa y muy corriendo, y que bien pudiera servir para bocetos de los cuadros que habrán de venir.

M. SANCHEZ-CAMARGO



# MUNDO Ligero



El calor llegó, en contra de las predicciones del Observatorio. En realidad, el Observatorio no proporciona más datos ciertos que los que se derivan de sus propias equivocaciones. Uno comprende que es difícil manejarse entre nubes y estrellas, entre céfiros y tormentas; por eso respeta profundamente al Observatorio como puede respetarse un esfuerzo lleno de buena intención. Y que, algunas veces, sirve a sus fines, sobre todo si se le interpreta al revés.

Hablando ya en serio, reconocemos que el Observatorio nos señaló la llegada del calor con una exactitud curiosa, y, también, que vendría aderezado de nubecillas, vientos y quizá algún chubasco. Así ha sucedido, y el calor y las nubes dan a Madrid un aspecto velado y lleno de encanto; un aspecto tímido. Si, exactamente, es timidez lo que siente Madrid, y da la sensación de alguien—una muchacha, quizá—que adelantase el pie, sin atrever a posarlo. Madrid está así, indeciso, ante el agua del verano, ante este mar cuya ola no acaba de mojarle los pies. Las mujeres no se deciden a sacar sus trajes frescos, sus trajes rameados y fragantes, como cortados en el campo; los hombres se aferran al gastado traje de invierno, y sólo de vez en vez, y con olor a naftalina, vemos alguno de verano por esos autobuses de Dios; las terrazas muestran sus veladores vacíos, muy limpios de manteles, y chillones, como banderas que llamasen a los que pasan. Todo ello no acaba de cuajar; todo ello tiene un aire provisional, como si Madrid no creyese que el verano está ahí mismo, aunque venga envuelto en las predicciones del Observatorio.

Solamente las flores han acudido, decididas, a la llamada del verano; posiblemente porque las flores sean puro aroma y para el aroma exista sólo la cronología. Hay un perfume de veinte años, como hay uno de cuarenta y uno, de sesenta y hasta uno de ochenta. El perfume de los tiempos, que empieza con esperanza y acaba con melancolía.

Las flores han cubierto la Rosaleda del Retiro; ha dado rosas nuevas la Casa de Campo; asoman entre los jardines de la plaza, y los bancos parecen alegrarse y volverse más jóvenes con su presencia. Hay algo de vejez en los bancos. Cuando los divisamos, al fin de la alameda, parecen esperar siempre que se siente en ellos el recuerdo.

Pero este verano son las parejas las que se sientan en los bancos; y las flores asoman tras ellas con algo de cuadro prerrafaelista. Antes de Rafael se pintaron unas flores quietas, unas flores blancas. En la calma de este verano entoldado, las flores parecen resplandecer, intactas, como talladas en un mármol transparente.

El calor llegó. Aunque nadie se decida todavía a entregarse a sus brazos, hay algo en el aire que recoge su presencia. Una especie de pulso acelerado; un galope que corre sin saber a qué meta llegará.

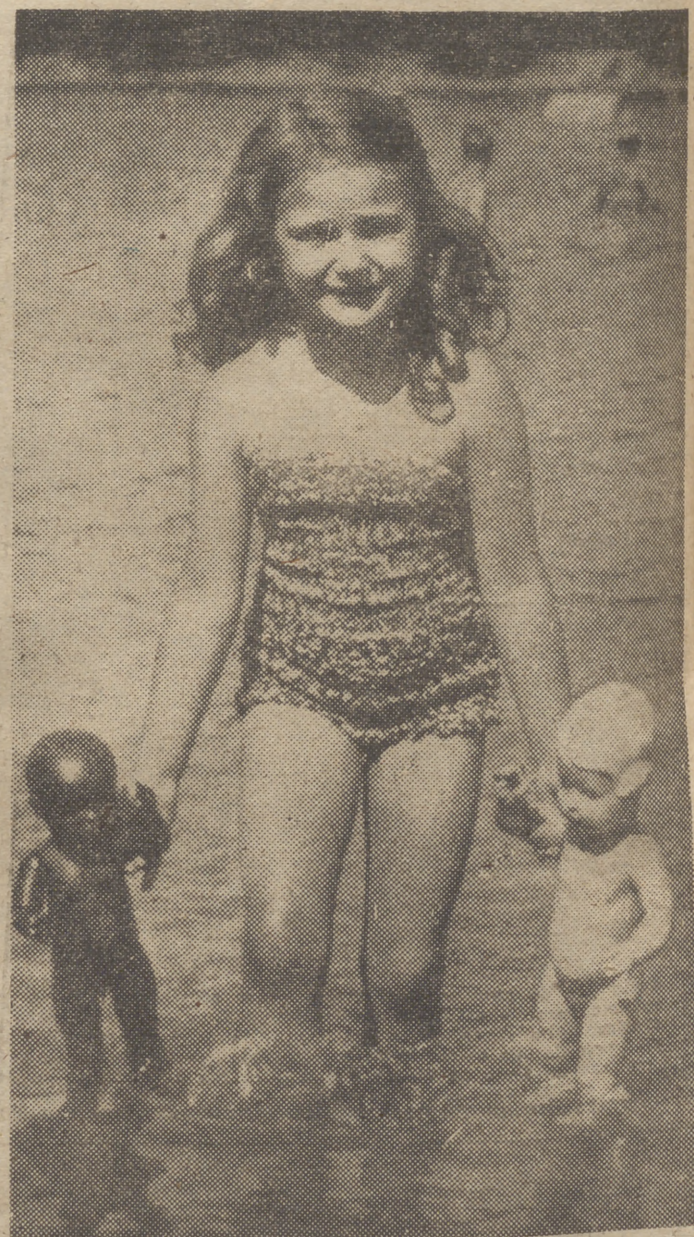
(Dibujo de Goñi.)

M. P. A.



## ENCUENTRO

El mar en verano duerme y descansa. Y la mar — nosotros — la conocemos — fro es cruel. Por eso ahora, al llegar el verano, se alborozza, alza un poco las crestas de sus olas y con ellas da la bienvenida a mujeres como ésta, que se empapa jubilosa en la sonrisa blanca y azul del mar.



**TRES** Por alguna parte del mundo, indudablemente, el calor habrá empezado a apretar y las gentes se lanzarán, alborozadas, a gozar de los encantos hacia los que las empujará, precisamente, el calor. En alguna parte del mundo el sol brillará como un ascua, el cielo será limpio y las nubes descansarán de esa ingrata misión que les está encomendada de velar la luz de nuestro planeta. Y en esa afortunada parte del mundo donde además de sol hay mar, el paisaje se alegrará con la presencia de niñas como esta de la fotografía, que lleva a sus muñecas—una morena y una rubia, igual que las que sorbieron el seso a don Hilarión— a estremecerse con la tibia y salada cariciola del mar.



## LA SUERTE

El hombre, y la mujer, andan día tras día detrás de la suerte. La mayoría, confiamos en la suerte para que nuestras vidas se llenen de euforia. Confiamos, y esperamos, en la suerte grande y en la suerte chiquita; en la suerte de las pequeñas cosas que al llegarnos por este camino nos hacen pensar que otras más importantes pueden llegar por otros distintos. Y al llegar el verano—que ya de por sí es una suerte—, el sol se quiebra en la dorada rueda de la fortuna de una barquillera que sus propietarios decoran con frases ingenuas y poéticas como "el sol sale para todos"—esta es la frase ingenua—y "la flor de Madrid", que es la poética. Y todos, alguna vez, damos impulso a la rueda y esperamos inquietos unos segundos con la esperanza de que caiga en el veinte, lo mismo que todos los días esperamos que la rueda de nuestra vida se pare en un número liberador.